SALVAR A DANI

Todo el mundo coincide en que el pobre Dani ha perdido la alegría de estar vivo. Y todo el mundo sabe que era un muchacho dinámico y dispuesto a emprender muchas y variopintas actividades (deportivas, culturales, políticas) y atender todo tipo de solicitudes y de favores, hasta que decidió casarse con Eva. De ahí le vino la consiguiente necesidad de procrear y la consecuencia también lógica de que le cayeran en casa los cuñados y los suegros, de que se le fueran apartando los amigos, o quizás fue él el culpable, tuvo que ser él el que se apartó por causa de las nuevas obligaciones en que se vio inmerso. Hay hombres que sirven para desarrollar una existencia conyugal, que se encuentran a gusto en el ámbito íntimo y cerrado de la familia; pero, al haber perdido la alegría, ahora Dani se recoge con mayor frecuencia en casa y hace como que se alegra de todo lo que le sucede, de los mínimos detalles de que se compone la vida hogareña, del minucioso programa de actividades caseras. Pero esto, en el fondo, no constituye para él una aventura, una empresa en parte quimérica, descabellada, como casi todas las actividades que solía desarrollar, con la alegría de fracasar en parte y de volver a intentarlo, sino una actividad previsible y segura, tan continua que no le deja espacio para reflexionar sobre un hipotético cambio de rumbo. “¡Pobre Dani!” piensan los paisanos cuando sale su nombre en alguna tertulia, con una suegra sabia que siempre está dispuesta a dar los mejores consejos. “¡Pobre Dani!”, se dicen aquellos que lo ven perder fuelle, extinguirse como llama. “¿Seguirá mucho tiempo viviendo así, como sin vivir en vida?”, se preguntan alguna vez. “Por supuesto que sí, pues este es el plan previsto”. Algunos de sus amigos piensan en trazar un plan alternativo para despertarlo sin que cunda la alarma en el bando por el momento ganador. Pero nadie le ha aconsejado hasta ahora que tire de la manta y que se rebele. No se atreven a intervenir pues es un caso más delicado de lo

que parece a primera vista, pues no saben cómo echarle un cable al camarada sin ir en contra de Eva.

En la opinión de Dani, la vida más común y corriente, la más natural para el ser humano está en las calles y plazas, aunque no se trate de una opinión razonada, de una elaborada teoría, sino más bien de un impulso en él característico. El antiguo modo de vida sigue allí, al lado; con solo atravesar la puerta de la calle, puede salir al pueblo, acercarse al bar de la esquina, y, un poco más allá, entrar en la ciudad deportiva o en la casa de cultura. Tendría tal vez que entablar nuevas relaciones pues ha perdido algunas últimamente; pero, hace poco tiempo, este era precisamente el punto fuerte de su personalidad, el trato humano, la relación social en la corta distancia. No ha oído todavía decir "¡Pobre Dani! ¡Con lo que ha sido este hombre!", pero piensa que ellos lo piensan, que todo el mundo está al tanto de su actual situación. Aún es joven y nada está del todo perdido "si se tiene por fin el valor de proclamar que todo está perdido!", como leyó en algún libro o escuchó en alguna conferencia, y por este motivo, se plantea a menudo otra salida, la alternativa que resulte menos mala. Y es que, tal vez, lo que tiene que hacer es ponerse más a menudo en desacuerdo con Eva y con sus suegros, aunque de una forma amistosa, claro, sin perder la cordialidad: tiene que establecer como un intercambio franco de pareceres, pues él considera que, de todos modos, al final tendrá que tomar decisiones. No salirse del férreo círculo definitivamente sino solo algunas veces; quizás le bastaría con emprender alguna escapada, algún acto puntal de rebeldía: "Ahora soy Dani y ahora no lo soy", se dice cuando encuentra un momento para reflexionar. "A menos que quiera borrarme del todo, ser otro, quedar amortizado en lo más hondo de mi conciencia".

Como se trata de un excelente muchacho, todo el mundo sabe que le viene muy cuesta arriba tomar decisiones tajantes, pero, de vez en

cuando, consigue escaparse de sus obligaciones, de la peripecia vital hogareña, y piensa un rato en el futuro: “dejarse ir no puede ser en ningún caso una buena idea”. Dani se sienta en solitario lejos de las interferencias cotidianas para conversar consigo mismo; es como si estuviera frente a un espejo y, en estos casos, concluye que tiene que decidirse, que ya debe salir al mundo con una decisión irrevocablemente tomada.

Gaspar Jover Polo